CHARLES

por Shirley Jackson

El día en que mi hijo Laurie empezó el jardín de infancia, renunció a los mamelucos de terciopelo con babero y empezó a llevar vaqueros con cinturón; le vi salir la primera mañana con la niña mayor de al lado, viendo claramente que una época de mi vida había terminado, mi niño de guardería de voz dulce sustituido por un personaje de largas facciones y fanfarrón que se olvidaba de parar en la esquina y despedirse de mí.

Llegó corriendo a casa de la misma manera, la puerta de entrada se abrió de golpe, su gorra en el suelo y la voz se volvió repentinamente estridente gritando: "¿No hay nadie aquí?"

Durante la comida, se dirigió insolentemente a su padre, derramó la leche de su hermanita y comentó que su maestro dijo que no debíamos tomar el nombre del Señor en vano.

"¿Cómo fue la escuela hoy?" Pregunté, elaboradamente despreocupada.

"Muy bien", dijo.

"¿Has aprendido algo?", le preguntó su padre.

Laurie miró a su padre con frialdad. "No aprendí nada", dijo.

"Cualquier cosa", dije. "No aprendí nada".

"La maestra le dio una paliza a un niño", dijo Laurie, dirigiéndose a su pan. "Por ser fresco", añadió, con la boca llena.

"¿Qué ha hecho?" Pregunté. "¿Quién era?"

Pensó Laurie. "Fue Charles", dijo. "Estaba siendo fresco. La maestra le dio una palmada y le hizo ponerse de pie en un rincón. Estaba siendo muy fresco".

"¿Qué ha hecho?" Volví a preguntar, pero Laurie se deslizó de su silla, tomó una galleta y se fue, mientras su padre seguía diciendo: "Mira aquí, joven".

Al día siguiente, Laurie comentó en la comida, nada más sentarse: "Bueno, Charles se ha vuelto a portar mal hoy". Sonrió enormemente y dijo: "Hoy Charles golpeó a la maestra".

"Cielo santo", dije, recordando el nombre del Señor, "¿supongo que le habrán dado otra paliza?"

"Seguro que sí", dijo Laurie. "Mira hacia arriba", le dijo a su padre.

"¿Qué?", dijo su padre, levantando la vista.

"Mira hacia abajo", dijo Laurie. "Mira mi pulgar. Vaya, eres tonto" Comenzó a reírse de forma insensata.

"¿Por qué Charles golpeó a la maestra?" Pregunté rápidamente.

"Porque intentó hacerle colorear con lápices de colores rojos", dijo Laurie. "Charles quería colorear con crayones verdes, así que golpeó a la maestra y ella lo golpeó y dijo que nadie jugara con Charles, pero todos lo hicieron".

El tercer día -era un miércoles de la primera semana- Charles hizo rebotar un subibaja en la cabeza de una niña y la hizo sangrar, y la maestra le hizo quedarse dentro durante todo el recreo. El jueves Charles tuvo que ponerse en un rincón durante la hora del cuento porque no paraba de golpear el suelo con los pies. El viernes, Charles fue privado de los privilegios de la pizarra porque arrojó tiza.

El sábado le comenté a mi marido: "¿Crees que el jardín de infancia es demasiado inquietante para Laurie? Toda esta dureza y mala gramática, y este chico Charles parece una mala influencia".

"Todo irá bien", me dijo mi marido para tranquilizarme. "Tiene que haber gente como Charles en el mundo. Más vale conocerlos ahora que después".

El lunes Laurie llegó a casa tarde, llena de noticias. "Charles", gritó al llegar a la colina; yo esperaba ansiosamente en los escalones de la entrada. "Charles", gritó Laurie todo el camino hasta la colina, "Charles fue malo otra vez".

"Entra", le dije, en cuanto se acercó lo suficiente. "El almuerzo está esperando".

"¿Sabes lo que hizo Charles?", preguntó siguiéndome por la puerta.

"Charles gritó tanto en la escuela que enviaron a un niño de primer grado a decirle a la maestra que tenía que hacer callar a Charles, y por eso Charles tuvo que quedarse después de la escuela. Y así todos los niños se quedaron a verlo".

"¿Qué ha hecho?" Pregunté.

"Simplemente se sentó allí", dijo Laurie, subiéndose a su silla en la mesa. "Hola, papá, viejo fregón".

"Charles tuvo que quedarse hoy después de la escuela", le dije a mi marido. "Todos se quedaron con él".

"¿Qué aspecto tiene este Charles?", le preguntó mi marido a Laurie. "¿Cuál es su otro nombre?"

"Es más grande que yo", dijo Laurie. "Y no tiene gomas y no lleva chaqueta".

El lunes por la noche era la primera reunión de padres y profesores, y sólo el hecho de que el bebé estuviera resfriado me impidió ir; deseaba apasionadamente conocer a la madre de Charles. El martes, Laurie comentó de repente: "Nuestra profesora ha venido hoy a ver a una amiga a la escuela".

"¿La madre de Charles?", preguntamos simultáneamente mi marido y yo.

"Naaah", dijo Laurie con desprecio. "Era un hombre que venía y nos hacía hacer ejercicios, teníamos que tocarnos los dedos de los pies. Mira". Se bajó de la silla, se puso en cuclillas y se tocó los dedos de los pies. "Así", dijo. Volvió a sentarse solemnemente en su silla y dijo, cogiendo su tenedor: "Charles ni siquiera hizo ejercicios".

"Está bien", dije con ganas. "¿No quería Charles hacer ejercicios?"

"Naaah", dijo Laurie. "Charles era tan fresco con el amigo del profesor que no le dejaban hacer ejercicios".

"¿Fresco otra vez?" He dicho.

"Le dio una patada al amigo del profesor", dijo Laurie. "El amigo del profesor acaba de decirle a Charles que se toque los dedos de los pies como yo acabo de hacer y Charles le ha dado una patada.

"¿Qué van a hacer con Charles, supones?" Le preguntó el padre de Laurie.

Laurie se encogió de hombros de forma elaborada. "Echarlo de la escuela, supongo", dijo.

El miércoles y el jueves fueron rutinarios; Charles gritó durante la hora del cuento y golpeó a un niño en el estómago y lo hizo llorar. El viernes, Charles volvió a quedarse después del colegio, al igual que todos los demás niños.

Con la tercera semana de jardín de infancia, Charles era una institución en nuestra familia; el bebé estaba siendo un Charles cuando lloraba toda la tarde; Laurie hacía un Charles cuando llenaba su carro de barro y tiraba de él por la cocina; incluso mi marido, cuando se enganchaba el codo en el cable del teléfono y sacaba el teléfono y un cuenco de flores de la mesa, decía, después del primer minuto: "Parece Charles".

Durante la tercera y la cuarta semana parecía que se había producido una reforma en Charles; Laurie informó sombríamente en el almuerzo del jueves de la tercera semana: "Charles se ha portado tan bien hoy que el profesor le ha dado una manzana".

"¿Qué?" Dije, y mi marido añadió con recelo: "¿Te refieres a Charles?"

"Charles", dijo Laurie. "Dio los lápices de colores y recogió los libros después y la maestra dijo que era su ayudante".

"¿Qué ha pasado?" Pregunté con incredulidad.

"Era su ayudante, eso es todo", dijo Laurie, y se encogió de hombros.

"¿Puede ser cierto lo de Charles?" Le pregunté a mi marido esa noche. "¿Puede ocurrir algo así?"

"Espera y verás", dijo cínicamente mi marido. "Cuando tienes que lidiar con un Charles, esto puede significar que sólo está tramando". Parecía estar equivocado. Durante más de una semana, Charles fue el ayudante del profesor; cada día repartía y recogía cosas; nadie tenía que quedarse después de la escuela.

"La reunión de la Asociación de Padres de Estudiantes vuelve a ser la semana que viene", le dije a mi marido una tarde. "Voy a encontrar a la madre de Charles allí".

"Pregúntale qué pasó con Charles", dijo mi marido. "Me gustaría saberlo".

"Me gustaría conocerme a mí mismo", dije.

El viernes de esa semana las cosas volvieron a la normalidad. "¿Sabes lo que hizo Charles hoy?" Exigió Laurie en la mesa del almuerzo, con una voz un poco aturdida. "Le dijo a una niña que dijera una palabra y ella la dijo y la maestra le lavó la boca con jabón y Charles se rió".

"¿Qué palabra?", preguntó su padre imprudentemente, y Laurie dijo: "Tendré que susurrártela, es muy mala". Se bajó de la silla y se acercó a su padre. Su padre agachó la cabeza y Laurie susurró con alegría. Los ojos de su padre se abrieron de par en par.

"¿Le dijo Charles a las niñas que dijeran eso?", preguntó respetuosamente.

"Lo dijo dos veces", dijo Laurie. "Charles le dijo que lo dijera dos veces".

"¿Qué pasó con Charles?", preguntó mi marido.

"Nada", dijo Laurie. "Estaba repartiendo los crayones".

El lunes por la mañana, Charles abandonó a la niña y pronunció él mismo la malvada palabra tres o cuatro veces, lavándose la boca con jabón cada vez. También lanzó tiza.

Esa tarde, mi marido me acompañó a la puerta cuando me dirigía a la reunión de la Asociación de Padres de Estudiantes. "Invítala a tomar una taza de té después de la reunión", dijo. "Quiero echarle un vistazo".

"Si sólo está ahí". Dije en oración.

"Estará allí", dijo mi marido. "No veo cómo podrían celebrar una reunión de la Asociación de Padres de Estudiantes sin la madre de Charles".

En la reunión me senté inquieto, escudriñando cada uno de los cómodos rostros de matrona, tratando de determinar cuál escondía el secreto de Carlos. Ninguno de ellos me pareció lo suficientemente demacrado. Nadie se levantó en la reunión y se disculpó por la forma en que su hijo había estado actuando. Nadie mencionó a Charles.

Después de la reunión, identifiqué y busqué a la maestra de jardín de infantes de Laurie. Ella tenía un plato con una taza de té y un trozo de pastel de chocolate; yo tenía un plato con una taza de té y un trozo de pastel de malvavisco. Nos acercamos con cautela y sonreímos.

"Tenía muchas ganas de conocerte", dije. "Soy la madre de Laurie".

"Todos estamos muy interesados en Laurie", dijo.

"Bueno, ciertamente le gusta el jardín de infancia", dije. "Habla de ello todo el tiempo".

"Nos costó un poco adaptarnos, la primera semana más o menos", dijo primorosamente, "pero ahora es un buen ayudante. Con lapsos ocasionales, por supuesto".

"Laurie suele adaptarse muy rápido", dije. "Supongo que esta vez es la influencia de Charles".

"¿Charles?"

"Sí", dije, riendo, "debes tener las manos llenas en ese jardín de infancia, con Charles".

"¿Charles?", dijo ella. "No tenemos a ningún Charles en el jardín de infancia".

Extracto de Shirley Jackson: Novels and Stories (The Library of America, 2010), páginas 73-77. Publicado originalmente en Mademoiselle (julio de 1948). Reimpreso en The Lottery; or, The Adventures of James Harris (1949).